

Simón Brainsky, 1939-2005

¿Cómo escribo el obituario de mi mejor amigo?

Salomón Kalmanovitz

Primero se fueron Miguel Trías y Antonio Roda, sus grandes amigos republicanos. Gripas aparentemente leves, seguidas de neumonías, se los llevaron. ¿Cómo se podían morir así de fácil? ¿Acaso estaban cansados de vidas intensas y productivas y querían evitar la decrepitud que irrevocable se venía? Miguel siempre tan delgado, erguido, hidalgo, parecía tanto más joven y se dejó llevar. Simón lo llamaba el churrusquero mayor porque ayudó a que millones de mujeres colombianas pudieran controlar sus cuerpos y vidas. Se fue y dejó desgarrado a Simón. Y Antonio, siempre ácido, que iba al juego de manos con Simón, pegándose puñetazos, que le dibujó ese hermoso retrato donde se revela la concentración y la sabiduría de Simón, tampoco quería seguir viviendo. Otro golpe terrible: ¿con quien volvería a cantar las coplas de la guerra civil española y darse esos puñetazos cariñosos?

Simón mismo se aferraba a la vida que le estaba siendo disputada por la enfermedad. En cierto momento debió decir no más. Le faltaba publicar un libro pero estaba prácticamente terminado. Claro que se le hubieran ocurrido varios más, en los que lo hubiera apoyado, perfeccionándole el estilo, su esposa Sulamita. Le faltaba también esperar a que le llegaran más nietos para jugar con ellos y decirles o cantarles cosas terribles. A Hannah de 2 años le cantaba una vieja canción de Tony del Mar: "por el oro que te ofrecen, tu te vendes a cualquiera y te arrastras por el fango, sin saber lo que te espera". Hannah

sonreía y se acariciaba con el bigote de Wowo, del abuelito. Hubo que explicarle que Wowo se había ido, que no lo volvería a ver.

El papá de Simón, Salomón Brainsky, era de Chzelehov, Polonia, que fuera una ciudad de una vibrante cultura judía y no era raro que alguien fuera, como él, a un mismo tiempo escritor, sionista, carpintero y socialista. Salomón llegó a Colombia en los años veinte; escribió un libro de cuentos en Yiddish que Luis Vidales le ayudó a traducir, "Hombres en la Noria" que describía las penosas vidas de los comerciantes judíos que visitaban a sus humildes clientes para cobrarles un corte de tela u otra mercancía vendidas a crédito. Publicó un periódico durante la segunda guerra mundial que se llamó **Voz** y que apoyaba a los aliados contra los fascistas. Era muy buen carpintero, tan perfeccionista que terminaba siendo mal hombre de negocios, así que los ingresos de la familia dependieron más de la confección de abrigos que organizó su esposa. Simón era parecido: mucha práctica y poca plata.

Simón estudió medicina en la Nacional, militó en grupos juveniles sionistas de izquierda y en el Movimiento Revolucionario Liberal. Para él, la construcción del Estado de Israel había sido un logro importante que había cambiado el carácter del pueblo judío y la percepción de los demás sobre el judío como apátrida, dando lugar a una visión no sólo de ciudadano "normal" sino también de soldado.

Lo conocí en Puerto Colombia, en un balneario que se llamaba La viña de la Virgen del Carmen que obviamente era de una señora muy devota. Yo tenía

10 años y estaba mirando a unos niños cachacos de 14 y 15 años que jugaban rugby. Me invitaron a participar en ese exótico deporte y algo hice mal que llevó a que un grandulón me tirara al piso, se sentara sobre mi y comenzara a pegarme. Simón que era bastante robusto se le lanzó desde atrás y lo detuvo. En los años ochenta, no me acuerdo cómo, me invitó junto con Sylvia Duzán a que participara en sus tertulias de los domingos donde se cultivaba la conversación sobre la política, las artes y el cine.

Él decía que yo no era de Barranquilla sino de Repelón, recordándome que era más provinciano de lo que me las daba, pero le simpatizaba que fuera radical y que me la hubiera jugado por fuera de la comunidad judía. De él aprendí que el judaísmo se podía llevar de diversas maneras, incluso más intensas que las de la ortodoxia religiosa, y que la ruptura mía había sido más sectaria de lo necesaria. La relación con sus padres había hecho que Simón amara sus raíces, pero el desarrollo profundo de su vocación le había impedido caer prisionero de ellas.

Simón le dedicó la mayor parte de su vida a su práctica psicoanalítica, a la academia, a su esposa, a sus hijos y a su inmensa cantidad de amigos, sin distinciones de credo. Era de una aguda chispa, escuchaba con mucha atención lo que decían los otros y tenía esta admirable actitud de entender y aconsejar cuando se lo pedían. Las fiestas religiosas las celebraba con unos rituales que se inventaba y que le prestaban atención al holocausto, a la defensa de la igualdad humana y a la búsqueda de la libertad

que llevaba haciendo el pueblo judío desde la destrucción del segundo templo.

Una de las fases por las que pasó Simón fue la de liderar la liga anti-difamación de los judíos, la B'nai Brit de Colombia, entre el año 2000 y 2003, lo que hizo de manera oportuna y contundente. Allí puso de presente la importancia que tiene para la comunicación con la sociedad el poder superar el particularismo que se hereda de la familia, de la religión y de los otros organismos que nos orientan la vida, que nos prestan seguridad pero nos quitan libertad y nos restan sensibilidad frente a cómo nos perciben los demás.

Simón tenía un oído musical muy fino y se deleitaba con la música clásica. Se lamentaba que ya no quedaban estaciones de radio de FM que la programaran exclusivamente. También le alcanzaba a gustar el rock, en especial Pink Floyd, del que una vez me regaló The Wall, y la música de protesta norteamericana de Pete Seeger y Bob Dylan. Disfrutaba de Brahms, en especial el segundo concierto para piano, y "La muerte y la doncella" de Schubert era una de sus piezas favoritas

Freudiano heterodoxo, cientos de sus pacientes se sintieron huérfanos con su muerte. Miles de sus estudiantes de psicología y psiquiatría reabrieron los textos escritos por Simón, tratando de recobrar la memoria del maestro. Amante del cine de Truffaut, Kieslowsky, de Bergman, de Godard, Simón escribió sobre los dramas psicológicos que ellos proyectaron en las pantallas que hoy mira poca gente. Y le dedicó mucho tiempo y esfuerzo a publicar la revista

Ensayo y Error. Hoy nos embarga una enorme tristeza porque nos dejó de acompañar, de divertirnos con su fino humor, de apoyarnos en los dramas y tragedias que debemos encarar. Para muchos, Simón fue nuestro mejor amigo y se fueron los amigos de él y se fue él también. ¿Cómo podremos aceptar su partida los que quedamos?